

M. MULER-COLARD, *El otro Dios. La queja, la amenaza y la gracia (Fragmentos 68)*, Fragmenta, Barcelona 2020, 128 pp. ISBN 978-84-17796-36-5

<https://doi.org/10.21703/2735-6345.2021.22.010008>

¿Cómo imaginamos a Dios? Es una pregunta quizá algo banal, simple, que ya se habrá escuchado. Pero no deja de ser válida, o más que eso. Es una duda cuya respuesta puede determinar nuestra trayectoria espiritual, que puede ser una marcada por una relación sana con Dios, u otra patológica, en donde aparecen diversos vicios, acciones enfermizas y otras características que generan rechazo y visiones sesgadas sobre la fe.

Imaginars a Dios de una u otra manera, no obstante, es parte del proceso de un discernimiento, adecuado o no, del creyente. Sin embargo, existe una criba, un momento, un punto vital que, irremediamente, cuestiona todas las imágenes de Dios que hemos construido, junto con las posteriores prácticas asociadas a ello. Me refiero a la vivencia descarnada del mal, sobre todo cuando éste surge desde la desgracia, de lo inesperadamente doloroso y terrible.

Cuando toca la fibra misma de la vida, de nuestra vida, el mal es capaz de derribar todo. Y cuando hablo de todo, me refiero también a las concepciones divinas, las seguridades religiosas que han estado presentes, como una especie de barrera protectora de la desgracia. Llega el mayor de los sinsentidos, el mal, y esa cerca cae de manera fácil, casi sin resistencia.

Entonces, ¿qué hacer? ¿Por qué esto sucede, sobre todo a la gente buena, la que queremos, nuestros cercanos? Dicho en teológico, la teología de la retribución se despedaza ante nuestros ojos. Aunque esta se resiste a ser abandonada.

El primero, en las Escrituras, que pone de cabeza este sistema en apariencia ordenado y claro, es Job. Pero no es el propósito de este escrito detenerme a realizar una caracterización de tan imprescindible escrito. Ya

existe muchísima tinta derramada sobre el libro, sus características literarias y teológicas. Lo que estas palabras quieren mencionar es el efecto de las reflexiones que la teóloga francesa Marion Muller-Colard realiza en *El Otro Dios* (Fragmenta, Barcelona 2020), una de las obras teológicas más impactantes que me ha tocado leer.

Destaco de este libro su lenguaje. No es, precisamente, el tipo de escritura propia de un texto de orden académico (que no es malo, por lo demás, pues está pensado para comunicar un determinado conocimiento de una forma determinada). Las palabras brotan desde el corazón mismo de la experiencia, desde la sabiduría, desde el saborear la realidad que se hace patente en los pasos de la persona. No es sólo una escritura «científica», es un relato «sapiencial» que habla tan claro como el más nutrido artículo académico.

En este punto, la experiencia vital de la escritora es un punto más de la reflexión teológica. Su historia no es un relleno o un ejemplo que ilustra sus ideas, sino que forma parte de ese acervo que entra a las manos y ojos del lector como el testimonio claro de una teología de a pie, de la que es conversada en una banca de plaza, mientras el viento de la tarde refresca la jornada. No puedo dejar de pensar en la forma cercana que un gigante humilde de la teología, como lo es Leonardo Boff, quien en textos como *Los Sacramentos de la Vida* o *la Vida de los Sacramentos* destila ese lenguaje cercano, sencillo, amistoso, que no deja, empero de estar nutrido de la más profunda y sistemática reflexión teológica.

El camino que el lector emprende está lleno de explicaciones, experiencias, palabras llenas de esperanza y también de angustia. Si alguien pudo compenetrarse profundamente en el corazón del, como Muller-Colard llama, hermano Job. Como mencioné antes, se han publicado excelentes libros exegéticos acerca de esta figura veterotestamentaria. Pero este texto guarda una riqueza, que sólo nace de quien ha entendido, en esa unidad de razón y corazón, el carácter de la tragedia del mal desgraciado.

Evidentemente la autora no queda empantanada en el dolor lacerante que motiva sus reflexiones, sino que realiza un itinerario que, bajo la compañía de Job, el «viejo hermano», busca dar razón de aquel quiebre vital que el mal produce en la vida. Curiosamente, es posible hablar desde el sinsentido del mal, es casi una exigencia del dolor mismo que lo impronunciable, lo imposible-de-decir exige como acto segundo (el primero es el del silencio, la mudez).

Como ya mencioné, no es un tratado del mal a partir de Job, sino una reflexión desde la sabiduría de la experiencia del dolor, de la desgracia. Desde su saber teológico, Muller-Collard realiza un recorrido que se puede caracterizar desde tres conceptos: la Queja, la Amenaza, y la Gracia.

La Queja no es simplemente las continuas lamentaciones diarias que pueden escucharse en el quehacer cotidiano. No, no es lo mismo la(s) queja(s) que la Queja, así, con mayúscula. Es esta última una sensación, una verdadera fuerza autónoma que nace del quiebre producido al encasarse una determinada imagen de Dios y la realidad decepcionante¹. Esa forma de concebir a Dios es bastante común, muy extendida, lamentablemente, entre los creyentes: la idea de una relación contractual, la cual nos salvaría de la posibilidad de una desgracia, de un mal-desgracia. No es el dolor en sí, la desgracia de perder todo lo que hace que Job manifieste esa Queja, sino que es la dolorosa constatación de que el contrato fue violado, la cerca echada abajo, el mal ha aparecido y nos ha golpeado.

En el fondo, el contrato roto contenía la idea del Buen Dios y de la teología retributiva. Era una seguridad que se ha desplazado por lo inimaginable en el horizonte del beneficiado del «documento» contractual, por un hecho que ha hecho aparecer la Queja².

Delante de ella, la Amenaza. Esa amenaza que surge porque el cerco ya ha sido volteado, porque ya no existe la confianza plena en el Dios contractual. Esa amenaza que se cierne sobre la vida del ser humano, cuando ese sinsentido (disculpen la repetición, pero creo firmemente que no ha mayor carencia de sentido que el mal, lo que plantea serias dudas sobre la facticidad de la teodicea en su versión más tradicional) abre las compuertas para que aparezca, para que permanezca, para que se transforme en la sombra constante que nos recuerda los pactos rotos con quien debía mantener el orden establecido de «los buenos reciben cosas buenas/los malos reciben cosas malas». Eso que una religiosidad del intercambio hace posible, pero que, ante los ojos de la dura realidad, finalmente se vuelve angustia, decepción y respuestas que van desde una protesta por la racionalidad de los hechos cotidianos que ha sido violentada, hasta la irracionalidad y la actitud defensiva.

¹ Cf. MULLER-COLARD, M., *El otro Dios*, Fragmenta, Barcelona 2020, 35.

² Cf. MULLER-Colard, M., *El otro...*, 35-48.

A este punto, Muller-Collard considera también que la desgracia no es *injusta*, ya que es algo que supera la idea de una justicia, de una retribución. La desgracia no es castigo ante situaciones en apariencia reñidas con el «contrato». El buen Job es prueba de ello³.

Me llama la atención la caracterización que la autora francesa hace de los *amigos de Job*⁴, con una evidente carga de experiencia que traspasa al papel, y que nos invita también a la reflexión ante la amistad y sus fundamentos. Sí, este texto y el libro comentan desde la sabiduría la experiencia del mal, pero también, bajo el mismo colador, aparecen esas figuras que se sientan a nuestro lado en el momento del dolor, que nos apoyan con supuesta amistad... hasta que aflora la Queja. «Los amigos de Job soportan la desgracia mientras esté contenida dentro del cercado. Cuando gruñe la Queja de Job y se arrasa a su paso con el sistema retributivo entero, con el dogma, con toda aplicación religiosa, cuando Job, en su grito, vuelve obsoleta toda idea de justicia, los amigos le dan la espalda»⁵. Sin duda, en las grandes desgracias y angustias de nuestra vida hemos visto pasar personas así. Sin duda, es una manera, otra más, de reivindicar la riqueza atemporal del libro de Job, el mismo que camina al lado de la autora.

Y es por ello que todas las conjeturas, todas las dudas que emanan desde la Queja superan cualquier construcción mental, dogmática, cualquier forma religiosa que pueda dar una cierta seguridad, falsa por lo demás.

Por ello es fundamental el cambio de ese dios contractual, constructor de cercas (¿pagano?) al verdadero Dios, a quien presentar nuestras palabras (el acto segundo, después del silencio ante el mal): «Un Dios que nos ha arrastrado fuera del cercado de todas nuestras garantías tenemos que dirigirle la palabra, plantearle preguntas insistentes y hemos de arder en deseos de oír cada palabra de su boca»⁶.

Finalmente, la Gracia, que en el fondo es el ingrediente más adecuado, por llamarlo así, para purificar o, más bien, «reemplazar» al Dios contractual con el Otro Dios, el Inconmensurable que, después del silencio, res-

³ Cf. MULLER-COLARD, M., *El otro...*, 82-84.

⁴ Cf. MULLER-COLARD, M., *El otro...*, 70ss.

⁵ MULLER-COLARD, M., *El otro...*, 73.

⁶ MULLER-COLARD, M., *El otro...*, 86.

ponde las quejas profundas de Job y de, sin duda, miles de personas en el hoy pandémico que asola nuestras formas de ver y entender el mundo.

Y esas respuestas no vienen como un pormenorizado set de razonamientos lógicos, basados en una sistematización perfecta. Dios invita al doliente, como respuesta, a contemplar la creación y, junto con ello renovar esa confianza en quien, además de estar *junto a nosotros*, re-crea nuestra vida y nos muestra el valor de la vida misma y de la misma creación que sirve de espacio vital. Es esta obra de las manos de Dios lo verdaderamente opuesto al caos del sinsentido, y es Él quien puede abrir los postigos de las ventanas para admirar tal espectáculo⁷: *«Oí con él la gratitud absoluta y sin concesiones que nos trae al mundo. La transmisión, con la humanidad, del credo divino que se dice en pocas palabras cada día de la creación: esto es justo y bueno. No la desgracia, no el sufrimiento, sino todo lo que se opone al caos. Y la vida, a pesar de su precariedad, se opone necesariamente al caos»*⁸.

Cada vida es valiosa para Dios, sin importar cuánto dure. Cada existencia es la respuesta clara contra el caos del mal, su sola presencia. Y esa presencia es también llena de la certeza de la compañía de Dios, que no está en alturas de grandeza, en una posición de Dios Garante de contratos. Es el Dios que está, más bien, a la altura del ser humano, que finalmente despierta al ser humano la Grandeza que no avasalla ni está atada a dogmatismos, Grandeza que no humilla, sino que produce en el ser humano ese estremecimiento, *«que suscita el deseo y los impulsos más saludables»*⁹.

Esto es, en el fondo, la Gracia. Éste es Dios. Y ésta es la respuesta contra el mal, contra el caos, contra la carencia radical de sentido.

Luciano Troncoso Gutiérrez

Facultad de Estudios Teológicos y Filosofía
Universidad Católica de la Santísima Concepción
Concepción, Chile
ltroncoso@ucsc.cl

⁷ Cf. MULDER-COLARD, M., *El otro...*, 100.

⁸ MULDER-COLARD, M., *El otro...*, 99.

⁹ MULDER-COLARD, M., *El otro...*, 122.